

marzo 2007
C.P. A. Com. No. 4/2003
A. Comp. No. 176/2003
Prensa 8.00430



Semanario Ilustrado, Literario y Artístico

CRÓNICA DE LOS SALONES

Via:	Cp
RE:	26434
Localización:	H 21



A CARLOS ENRIQUE.
(CHRONIQUEUR).

La femme n'est qu'un navire
abandonné toujours battu par la
tempête du coeur.

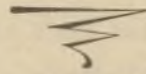
Arsene Houssaye

Sumario



TEXTO.—Crónica, de Carlos Enrique, por *Fleur de Chic*.—Igualdad, de Manuel del Palacio.—Del Album de la señorita Mercedes Galvez y Ayala, por Rafael Montoro.—La Niña, poesía por Nieves Xenes.—Un Amuleto, por Adolfo Carrillo.—Cuento de otros días por Enrique Fontanills.—Rimas, por Carlos Ciaño.—Thermidor.—Notas y noticias.—Anuncios.

GRABADOS.



La sala estaba completamente llena. Era el segundo concierto de Albertini, con la cooperación de Ignacio Cervantes. En el palco del Club había un silencio religioso. De aquel fenómeno era causa la música. Me fui á las lunetas y entre dos amigos uno de los cuales acaba de conseguir un acta de diputado y el otro un acta de matrimonio, me puse á charlar lo suficientemente bajo para que no se incomodaran seis ú ocho personas.

—Vamos al caso—dije yo.
—No; mejor es que nos quedemos aquí.
—Como tú quieras.
—Mira á aquel hombre.
—¿Cuál?
—El que acaba de entrar en la sala. Es un inglés.
—¿De qué cantidad?
—No seas malo. Es un inglés de Inglaterra, no del hotel de Villamii, sino de la tierra del Príncipe de Gales.
—¿En qué lo has conocido?
—En el chaleco.
—¿De veras?
—¿Cómo, desgraciado! Eres un cronista de *ultra superchie*, y no sabes la última palabra de la *fashion*.
—Te dire....
—Nada, nada.—¿Quieres que te dé un consejo?
—De valde, venga.
—Pues.... *retirate á un convento*.
—¡Gracias!.... Pero me esplicas lo del chaleco.
—Pues bien. En Lóndres, la última expresión de la elegancia entre la gente *chic* es no abotonarse el último botón, de abajo, del chaleco.
—Vaya, pues eso yo lo sabía.
—Después que te lo he dicho. Ustedes los cronistas creen saberlo todo. Son como los cantantes, conocen la modestia por referencias.
—¿Tú crees?
—Figúrate que he hablado con los de Payret, ni uno solo ha dejado de decirme que cantaba de un modo estupendo, así como suena.



Taveira



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Cuando concluyó, parecía estenuada.

Estuvo largo rato en silencio.

Después me preguntó:

—¿Me ha conocido usted, verdad?

Ni siquiera se apercebía que ya no me tuteaba. La miré tristemente y respondí:

—No.

—¡Gracias!—me dijo ella entonces estrechándome las manos—en cambio le doy ese asunto para su crónica. Escriba usted algo, que á los muertos hay también que recordarlos.

Y levantándose.

—Adiós—repitió ¡y gracias!

—Un momento—interrumpí—yo debo ir al salón, pero antes quiero dejarla como desearía encontrarme yo siempre.

Y llamando á un amigo que hacía un rato veía reclinado en el marco de una puerta, le dije:

—Señora, no puedo proporcionarle mejor compañía. El amigo que le presento es uno de aquellos hombres cuya mano se estrecha siempre con satisfacción y con orgullo. Le aconsejo su sociedad que es la de un hombre galante y distinguido.

—Ya le conozco—exclamó el dominó negro con su voz fingida—de lejos, pero sé quien es.

Y dirigiéndose á mi amigo:

—Mario Lebrede, ¿verdad?

*

El salón estaba precioso. A los pocos pasos Ernestina Oliva elegantemente vestida, después la Sra. Sandoval (*ainé*) vestida de *foulard* de seda pompadour, cubriendo sus aristocráticas manos con guantes color perla á tres rayas negras.

Por pendientes dos solitarios hermosísimos.

En un grupo que formaban varias señoras: la de Robelin, la de Gobel (Caridad Aguirre) vestida de raso rosado cubierto de encajes blancos, estaba la Señora Mayoz de Roldan vestida de *frase ecrasée* velado por encajes negros.

Tres dominós rosa tenían á jaque á todo el mundo.

—¿Te conozco Fleur!

—Lo dudo.

—Acuérdate de aquella declaración que me hicistes.

—Pero, ¿si cuando te hacían declaraciones yo gateaba!

Me dió un abanicazo y se marchó furiosa.

En un extremo de la sala estaba Fermín Goicoechea hablando con una máscara cuya cabeza cubría un *chal* de encaje blanco.

—¿Tu la conoces?

—Yo nó, pero sé que vá á vivir mucho.

—¿Porqué?

—Porque todo el que tiene las orejas grandes no se muere nunca y mira las de esta.

Efectivamente, eran del tamaño de las de un tío mío, que las tiene enormes.

La máscara sufrió casi un ataque de nervios y fué á darle las quejas á Andrés Zayas que "hacía los honores de la casa con la amabilidad que le caracteriza."

Después volví á encontrarme á uno de los dominós rosa, bailando con José María Galvez y Delmonte.

—¡Hola! ¡hola!

—¿Qué quieres? me preguntó con la chillona voz de las circunstancias.

—¿Tu crees en las refranes?

—Yo sí.

—Pues aplícate este: *Por el hilo se saca el ovillo.*

*

Había en la sala un tipo ideal. Es una señora cuya interesante figura llama poderosamente la atención. Tiene la espiritualidad de los ensueños y la poesía de los rayos de luna.

Su nombre es el mismo que sirvió á Bernardino de Saint Pierre para bautizar la heroína de su más bello poema.

Aquella noche, en el baile de *La Caridad*, estaba deslumbradora, con ese resplandor de los vestales, un *melange* de tranquilidad y de pureza.

He aquí su *toilette*, un *vrai Doucé*. Raso verde Nilo, muy pálido; el corpiño abierto *en cœur* velado con punto también verde Nilo que caía por delante en la falda.

Todo el vestido estaba cubierto de alamares de acero bruñido, cayendo *trois rangées* como *epaulettes* sobre el brazo. Los guantes que subían casi hasta los hombros eran de piel de Suecia *ocre jaune*. Al cuello una doble hilera de perlas. Era un traje *ravissant*.

Jugaban sus dedos con un abanico cuya descripción os hago para que conozcáis una verdadera joya.

Nada hay tan ideal como el abanico. Es el complemento

natural de la mujer, cuya poesía se filtra á través de las varillas que apenas tocan un encaje ó sostienen vaporosas plumas.

Era un varillaje de marfil, de un blanco ligeramente teñido de crema. Montado en cabritilla había pasado á las manos de Hostolth el romántico hijo del Rhin, cuyas deliciosas acuarelas se disputan las damas de Francia.

En aquel abanico hizo un poemita en cuatro actos, representado por ángeles. Era toda una historia para conseguir un nido, semejante á esas empresas en la vida en que se dá el alma para conseguir la dicha.

Las cuatro partes se titulaban *Flanerie*, *Decouverte*, *L'assaut* y el *thriomphe*, solo que como sucede tambien muchas veces en la vida, aquel angelito que trepaba ansioso por las ramas del árbol, cuando llegó al nido encontró que los pájaros ya habían volado!

Un poeta, "cuya vida se pareció á su muerte" escribió sin duda para ese abanico los versos siguientes.

LÁGRIMAS.

Lanzaba un niño inocente,
con un tubillo de pluma,
brillantes globos de espuma
por el aire trasparente.

Más, ay! en rápido instante
los globillos se rompieron,
y en leves gotas cayeron
sobre su triste semblante.....

De sus galas de topacio,
de púrpura y de zafiro,
risueño, el lánguido giro
seguía por el espacio.

Sonreí con amargura
al ver su faz abatida,
y "así, me dije, en la vida,
pasa la humana ventura:

Y absorto en las maravillas
de aquel milagro de lumbre,
hácia la excelsa techumbre
tendía las manecillas,

Así, en el aire en que nacen
nuestras locas ambiciones,
fallacen las ilusiones,
y en lágrimas se deshacen!"...

Si las lectoras de mi crónica desean conocer la señora cuya figura acabo malamente de esbozar, vayan á la ópera, una noche del turno par, y en un palco de segundo piso á la derecha, verán una dama,—á la que pido mil perdones por las indiscreción que cometo—que os hará recordar á Byron viendo *une goutte de rosee suspendue sur la violette*.

*

El paseo del Carnaval ha sido poco interesante.

Algunos trenes, la mayor parte deficientes en corrección, han recorrido la larga carrera que se estiende desde el castillo del Príncipe hasta la Punta.

Uno de ellos, bastante bien puesto, tenía sin embargo un detalle de mal gusto. La trompeta esa que acostumbra á sonarse en los *talli-ho* es tocada siempre por los lacayos que van en la trasera.

Un caballero muy conocido que iba en el carruaje á que me refiero, demostraba sus habilidades en el instrumento, pero olvidaba esta circunstancia de buen tono.

Los carruajes que iban en el cordón, en su totalidad, coches de plaza, y las máscaras que los ocupaban eran *du dernier*.

El Carnaval ha perdido ya entre nosotros, su antiguo esplendor. Esto, en mi concepto, es un signo de adelanto, aunque á primera vista no lo parezca. No hay nada tan cursi ni de peor gusto como las fiestas populares. Divertirse en determinada época, huele á provincia, como participar de los regocijos que marca el almanaque denuncia la aldea.

Así como pasaron ya las fiestas de Reyes, de Nochebuena y otras, tengamos la esperanza que el carnaval sea lo que es en la gran metrópolis americana; una época que celebra el que quiere, sin unirse al populacho, y sin alterar la tranquilidad de la población.

Al fin del siglo que vivimos, no es racional una manifestación tan pueril.

Los bailes del *Círculo Habanero* y de otras sociedades no se han visto tan concurridos como antes. Bien es verdad que la primera noche de carnaval se bailaba en catorce sociedades distintas.

He oido decir á Fontanills que el Casino Español, cuyos salones estrenaba este año, ha visto su casa muy concurrida. El Sr. Francisco de la Cuesta, encargado del adorno del local, ha debido hacer una cosa notable.

*

Dentro de muy poco habrá concluido el Carnaval y con él los bailes. En la buena sociedad ya no se baila á causa de la cuaresma, de modo que hasta las Pascuas no tendremos una recepción.

el retintín de cubiertos y platos, ver aparecer el indispensable pargo de un metro cincuenta, y la consabida ensalada rusa.

- ¿Y los discursos?
- Muy buenos. Escúsame que te dé mi opinión en este lugar, sobre la oportunidad de ellos, pero literariamente considerados, en el de Fernández de Castro hubo una bellísima figura y en el de Montoro unas hermosas imágenes cuyos vivísimos colores parecían tomados de la misma naturaleza.
- Un succès, alors?*
- Enorme.
- Y dime ¿se baila todavía?
- Hasta este Domingo.
- ¿Y después?
- Se reza.
- ¿A toda hora?
- No, á las cuatro de la mañana. La noche se emplea en hacer visitas. *On parle*, se hacen proyectos y se preparan las fiestas para la próxima temporada.
- ¿Quién recibe?
- Muchas familias. La Sra. María Jorrín de Forcade, la Sra. Rita Du Quesne, la Sra. Conchita O-Farrill etc..... etc.....
- Hay baile en *La Caridad* este domingo?
- No.
- ¿Y en el Vedado?
- Se efectuará el sábado por la noche. Después de la ópera iremos allá ¿tú vienes?
- Corriente.
- A propósito de la ópera ¿Se ha acabado ya el abono, verdad?
- El sábado concluye con *Africana*. Siempre dije yo que habría de parar en algo negro.
- Y qué hace la compañía?
- Abre otro abono de diez funciones en el que se cantarán muchas óperas nuevas
- ¿Crees que se cubra?
- Por lo menos se elevará bastante si el Sr. Antón hace dos cosas. Primero, obligarse á cantar las óperas que anuncie, *sin cambiarlas ni repetir las*, so pena de devolver el dinero como se hace en las empresas americanas, y segundo rebajar el precio de los palcos.
- Tu crees que son caros?
- Te diré; 40 pesos billetes, un palco, no es precio para New York, Londres ú otra capital de Europa, pero para aquí es excesivo, toda vez que la compañía no ha alcanzado por completo las simpatías del público.
- La concurrencia de los palcos hace la de las lunetas é influye mucho en la de las otras localidades. Con precios excesivos estarán la mitad vacíos y se sentirá una desanimación que será ruinosa para la empresa. Es mi opinión.
- Por qué no se la das á los empresarios?
- Porque hay un refrán que dice.....
- ¿Qué?
- No montes caballo que no es tuyo, ni.....*
- Ni qué?
- Ni metas la mano en la cueva del cangrejo.*
- ¡Diablo! Estás hecho un Sancho Panza.
- Chico los refranes son muy sabios. Yo siempre me atengo á ellos.
- Sí? Pues, dime ¿y cuando le dan á uno una calabaza?
- Debe decirse "*Al que Juana (ó Petra) se la dió, San Pedro se la bendiga.*"
- ¿Y si es el sí?
- ¡Oh! entonces tienes aquello de: *El que por su gusto muere*
- Mira, basta de refranes.
- ¿Qué hacemos?
- Esto se acaba. ¿Vienes al Club?
- No gracias, hay allí una pared pintada de verde que me ataca los nervios.
- Pues yo me voy á hablar con los Cadraná.
- Adios.
- Adios.

FLEUR DE CHIC.

IGUALDAD.

(De Manuel del Palacio.)

Zóilo, tienes razón; todos los seres
somos del barro mismo,
más no me probarás que el vaso etrusco
se parece al botijo.

DEL ALBUM

DE LA SEÑORITA MERCEDES GALVEZ Y AYALA.



RAN voga alcanza hoy, entre muchas personas ilustradas y generosas, lo que ha dado en llamarse *la emancipación de la mujer*. Pocos, muy pocos son los que buscan, al través de la brillante apariencia de esta reforma, las quimeras y los peligros que esconde. Si por emancipación del ser interesante que, en realidad, antes es señor que siervo, siéndolo siempre de la más eficaz é insensible manera, entiéndese la desaparición de ciertas rancias tradiciones que, en lo civil, tendían á igualarla en un todo, con el hijo menor de edad, venga en buen hora la reforma; ó por mejor decir, ha venido ó esta viniendo ya en todos los países cultos.

Pero si emancipar á la mujer significa despojarla de la suma dignidad que el amor le reconoce en el hogar, y la hidalguía en todas partes, para que luche á la par del hombre y con las mismas armas que este en la ruda competencia que caracteriza al mundo moderno, desconociendo su destino y contrariando su naturaleza, pocas reformas habrá más insociales y más temerarias que esa, en cuanto llegue á ser una realidad, por obra de la costumbre.

El día en que desapareciese, por ejemplo, de nuestro país, la pura y bondadosa imagen de la mujer cubana, idólatra de los más santos afectos, y que tan noblemente se refleja en la bella y candorosa dueña de este *album* ¿qué será de las esperanzas de regeneración que el curso de los acontecimientos nos vá dejando?

RAFAEL MONTORO.

(1890).

LA NIÑA.

I.

La luz de la alegría
Brilla en sus ojos,
Blandas risas exhalan
Sus labios rojos;
Su voz remeda
El trinar de las aves
En la arboleda.

Nunca su agudo dardo
Con mano aleve,
En su cándido seno
De rosa y nieve,
Clavó el dolor:
Aun no sabe la niña
Lo que es amor.

1891.

II.

Triste lágrima á veces
Nubla sus ojos,
Hondo suspiro exhalan
Sus labios rojos;
Su voz es canto
Donde trémulas vibran
Notas de llanto.

Ya su punzante dardo,
Con mano aleve,
En su cándido seno
De rosa y nieve,
Clavó el dolor:
¡Ay! Ya sabe la niña
Lo que es amor!

NIRVES XENES.

UN AMULETO.



UNA noche, y en el saloncito azul del Bohemian Club, conversaba yó con el periodista inglés Jorge Dix, recientemente llegado de Melbourne: el fuego ardía en la chimenea y el mozo no olvidaba servirnos de cuando en cuando sendos vasos de ponche arac en porcelana de Japón. Jorge me refería sus aventuras de Australia, el amor efímero que tuvo con una muchacha de Sidney, su duelo á muerte con un oficial australiano, y su fuga á San Francisco por la persecución de las autoridades inglesas.

Junto á nosotros, y al parecer indiferente á lo que habíamos, un anciano de aspecto soñador, contemplaba el fuego y bebía á sorbos una copa de vino de Marssala, indiferente al parecer á todo cuanto le rodeaba.

Más allá, la temblorosa penumbra envolvía los objetos en palpitante y vaga oscuridad: cortinaje, estatuillas y cuadros, presentaban perfiles caprichosos, más para fantaseados que para descritos.

Mi amigo Dix, nacido en las montañas de Escocia, cree en supersticiones, algunas veces en enfermizas visiones. Hombre científico, de talento y de mundo, con toda su ciencia, su génio y su mundana despreocupación, no ha podido librarse de esas herencia morbosa, transmitida de padres á hijos al través de muchas generaciones.

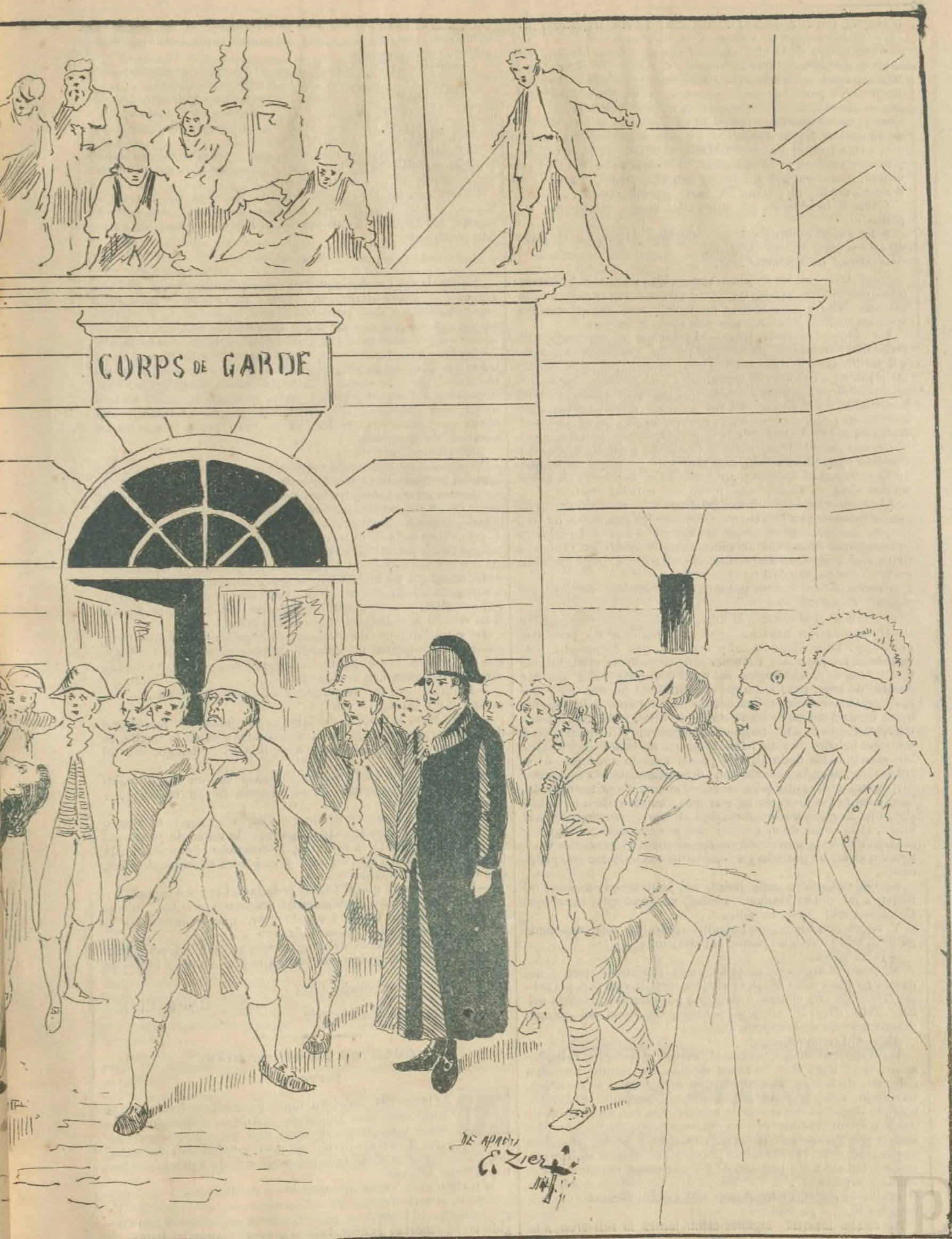
Su lucidez, en toda clase de materias y problemas, es simplemente maravillosa: pero eso sí, hablándole de supersticiones y fatalismo, pierde completamente los estribos. Es de aquellos que creen en sueños, en quiromancia, y otras mil tradiciones bárbaras de los tiempos primitivos.

—Comprendo, me decía esa noche, que los sueños, siniestros





“Thermidor.”



el drama de Sardou.

ó alegres, son el resultado de una mala ó buena digestión; pero no lo puedo remediar, y tengo fé en los sueños.....

Si en el rojo de la uña aparece una manchita blanca, dice que es un enemigo que le acecha; si vuelca el salero en la mesa se apresura á echar puñados de sal para atrás, á la altura de la oreja, para destruir el maleficio; si un perro aulla en la noche, junto á su casa, dice que la muerte anda cerca, y entonces, mi supersticioso amigo se vá á dormir al otro extremo de la ciudad; si por si acaso vé un gato negro, coje un carbón y lo carga todo el día en el bolsillo; si al salir de su cuarto tropieza, se encierra y no sale más en veinticuatro horas; y por último, si encuentra á una mujer con ojos verdes, aunque sea á media noche, vá y toma un baño inmediatamente.

Como le interrogára yo sobre este último punto, me respondió:

—Es que el hombre que tal encuentro tuviere, de la mujer de ojos verdes, morirá ahogado.

—¡Mozo! otro ponche arac.

Jorge Dix, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, refirióme algunas historietas, tanto más sinceras cuanto más fabulosas. Entre otras merece contarse la que sigue, que provocó un curioso incidente que más abajo se explica.

En 1877,—comenzó Jorge—al principar el invierno, y en tarde fría y nebulosa, paseaba yo por las umbrosas Avenidas del Jardín Botánico de Melbourne, solitario en aquellas horas y por aquel tiempo desagradable. Mi caballo, atado á la reja exterior, relinchaba siempre que me veía aparecer entre los árboles, y me seguía con sus grandes é inteligentes ojos: nevaba un poco, y como era la primera nieve, los pájaros australianos se revolcaban en ella con voluptuosos sacudimientos.

Chemin faisant llegué hasta el borde del gran lago, en cuya dormida agua nadaban algunos cisnes de plumage encarnado: en la extremidad opuesta y apoyándose en la barrera de granito, dos séres, un viejo y una jóven de cabello rojo....

Al pronunciar estas últimas palabras, nuestro vecino se agitó convulsivamente en la silla, y quitándose los espejuelos de oro con un movimiento nervioso, los oprimió hasta romperlos en la temblorosa mano. Pero súbitamente y como avergonzado de su violencia, serenó el semblante, apuró un trago de Marsala y quedóse inmóvil en el asiento.

Mi colega Dix, que no se había fijado en ese detalle, prosiguió:

—Los dos, el anciano y la niña, tan abstraídos parecían en su contemplación acuática, que solo notaron mi presencia cuando yo hube silbado á mi perro Jack, que correteaba persiguiendo los pájaros. La muchacha levantó la vista, me vió y se ruborizó: él, el hombre, me miró con furia tal... que me pareció de buen tono alejarme, dejándolos á los dos en su silencioso éxtasis. Seguí lentamente por senderos más tupidos hasta llegar á un claro desde donde se divisan las tumultuosas olas del Pacífico. La tarde se ennegrecía, y comenzando á sentirme helado, dirijime hácia la puerta en busca de mi caballo: apenas había dado algunos pasos, cuando unos gritos terribles rasgaron la solemnidad del melancólico crepúsculo. Detúveme un instante para escuchar mejor: los gritos redoblaban, y mi perro Jack, sin esperar más, lanzóse de un brinco por entre la espesura en dirección al lago.... Seguile, y al llegar, ví la forma de una mujer, que se debatía en el agua, y al viejecillo de la mirada torva, de pié sobre el parapeto, vociferando como un poseído y agitando los brazos como un epiléptico:

—Diez mil, veinte mil, treinta mil pesos á quien salve mi mujer, á mi pobre Madge! Piedad! socorro! que se ahoga! Cincuenta mil! Sesenta mil!.....

Y aquel hombre seguía pujando como en una almoneda pública, asido como un mono al parapeto.

—Jack, ¡sálvala!

Mi perro se arrojó de un salto en la profunda agua, y nadando en línea recta hácia la víctima, cojióla con sus poderosas fauces de una manga, forcejando por atraerla hácia la orilla. Pero ella, de un brusco revés, desasióse del animal, desapareciendo de la superficie.

Ah! Ah! es una suicida!

Y sin esperar más, quitéme el abrigo y echéme resuelta- mente en el lago: éste de forma elíptica, es lavado por una corriente de mar, y alimentado por una fuente subterránea, formando una série de remolinos en extremo peligrosos. Cuando llegué al alcance de la suicida, ésta era arrastrada ya por la corriente marina: con un esfuerzo desesperado, logré detenerla por el cabello, cuya mata abundosa y rojiza, semejava una madrepora. Mi perro—el pobre Jack—menos afortunado que yo, fué envuelto por uno de los infernales remolinos, envuelto y supultado.... ¡Pobre Jack! En cuanto á mí, con el auxilio de algunos australianos salí á tierra llevando en mis brazos á la..... ¿la llamaré cadáver?

No estaba muerta! algunos estimulantes la volvieron á la

vida; más cuando vió cerca de sí, arrodillado, al vejete que era su marido, tuvo un acceso de histerismo, suplicando que fuese alejado de su presencia.

Cuando estuvimos solos, díjome con acerba entonación.

—Señor.... Gracias! Se ha hecho usted daño?

Luego, entornando un poco los ojos como indecisa, concluyó por decirme no sin alguna incertidumbre en el rostro.

—¿Obedecería usted, si yo pudiera mandarle en algo?

—Oh! señora.... respondí conmovido.

—Bien: aquí está ese medallón que encierra mis cabellos, cortado cuando era yo una niña. ¿Quiere usted aceptarlo como un recuerdo de.... nuestra amistad?

Recibí con interés aquella delicada muestra de ternura femenil, y juzgando que la enferma necesitaba un poco de reposo, me alejé del lecho cuando el Doctor y el marido entraban juntamente.....

* * *

Afuera, la luna radiaba en todo su esplendor: seguí por una alameda de pinos marítimos, alcancé mi caballo y montando rápidamente, me dirijí para Melbourne, siguiendo la anchurosa playa. A mi derecha el mar, hinchado y tronante; á mi izquierda un bosque de álamos, de hojas plateadas y relucientes. Serían las nueve de la noche, y una densa niebla fluctuaba ya sobre las olas: mi corcel se undía hasta los corneiones en los médanos, pero nervioso y ágil, salí airoso de la brega. De improviso, y á un centenar de pasos, distinguí la silueta de una mujer, que caminaba al parecer lentamente, ondulando una túnica muy parecida á la que había visto por la tarde en los hombros de la suicida.....

¡Por Júpiter!, será ella?.....

Y picando espuelas á mi caballo, me adelanté al galope... el aire del océano fustigaba mi rostro, la niebla condensaba en su manto, y lamentos perdidos de aves nocturnas llenaban el espacio. Cosa extraordinaria! no obstante ir á toda carrera, la aparición por mi perseguida no era alcanzada: ni aún soltando á mi caballo toda la rienda. ¿Fué aquello un miraje de media noche, ó realmente la silueta femenina era una fantasma?... Al llegar á los suburbios de Melbourne, la mujer se deslizó por entre un grupo de arrecifes, y al dejar de verla, terminó la desenfrenada cabalgata: en quince minutos había recorrido algunas millas, y mi cabalgadura jadeante y sudorosa, se detenía á las dos de la mañana frente al *Star Hotel*.

De esto hace ya doce años, y mi memoria ha guardado, como una fotografía instantánea, hasta el perfil de los árboles que decoraban la escena de la aparición.... ¿Qué opina usted de esa aventura, amigo mío?

—Hombre! que fué un simple fenómeno de óptica.....

Sonrióse y prosiguió así:

—Pues bien, la suicida del lago, según leí en los periódicos de Melbourne al día siguiente, murió á las diez de la noche, es decir, una hora despues de mi despedida.... Luego, era el espíritu de ella.

La prenda que esta me legó, consiste en un mechoncillo de cabellos rojos encerrado en un relicario de oro macizo... Quiere usted verlo?.....

Al llevarse la mano al pecho, para sacarlo, sonó un tiro, y por entre el fogonazo apenas disipado, ví la mano de Jorge ensangrentada, y frente á nosotros, blandiendo un revólver, la figura siniestra del viejo, erguido y con ojos relampagueantes, que decía con estridente voz:

—Esa suicida de quien hablas ¡miserable! era mi esposa!..

Sucedió el tumulto consiguiente: acudieron criados, miembros del Bohemian Club, y un Doctor, que examinando al herido, le desgarró la camisa diciendo:

—No es nada! la bala se ha aplastado en este relicario, causando solamente un golpe contuso en la piel, en línea recta del corazón!

—¡Mozo! ¡Otro ponche arac!

ADOLFO CARRILLO.

San Francisco Cal. Febrero, 1891.

CUENTOS DE OTROS DIAS.

SOUVENIR.

El largo del pequeño muro de piedra donde tantas horas deliciosas habíamos pasado, ya mecidos en la dulce sonolencia de otros días, ya vislumbrando en los espejismos de nuestro amor porvenir rodeado de venturas, tracé, como el melancólico trovador de la Francia moderna, la frase *Souvenir*.

Sí; allí mismo, en el sitio que sirvió de descanso á las fatigas de su cuerpo despues de mil románticos paseos por la alegre campiña, allí donde si bien el cuerpo reposaba el alma seguía en su amoroso éxtasis, fueron grabadas aquellas letras.

Souvenir! Algo espantoso se me antojaba la expresión. Me pareció que tras ella se ocultaban deseos fraguados, anhelos desvanecidos, esperanzas frustradas, felicidades extinguidas, en cifra, todo cuanto sucede al surgir prematuro de una decepción. El poema de amor que frescas sonrisas habían iniciado se deslazaba entre secretas elegías y recónditas tristezas. Como en las grandes resoluciones, ahogué mi pesar en ondas de sonrisas.

A pesar de eso, sin embargo del lenguaje faláz y engañoso que hablaba mi semblante, ella supo entenderlo todo. No acudió con nuevas promesas ni nuevos juramentos á borrar la afrenta recibida y el ultraje ocasionado; de toda aquella historia jamás huirá de mi alma una generosa expresión de agradecimiento por esa final conducta.

Y es que ella no desconocía que á nada puede invocarse cuando entre dos corazones queda desatado el único lazo que los ligaba. Todos los resortes que movían el sentimiento han desaparecido; no hay nada para conmover. El adiós de un alma desilusionada, es el ocaso de un sol que nunca volverá á brillar.

Pasaron los años y con ellos fué pasando, para mi pensamiento, la imagen de su nombre.

La ausencia por una parte y por otra el odio, han trabajado de tal manera su obra de olvido, que la siento lejos, muy lejos, apesar de que, como el poeta

*Alguna vez la encuentro por el mundo
y pasa junto á mí;*

El corazón es el gran enemigo de los que fueron sus adorados. El muro de piedra guarda siquiera una frase. El corazón no reserva nada del pasado cuando sobre él caen los amargos besos de esa mariposa del hastío cuyas alas al agitarse dejan escuchar algo así como el crujir de los sauces al ser mecidos por la brisa de la noche.

ENRIQUE FONTANILLS.

RIMAS.

Igual que el marino
ve desde la popa
del buque ligero, perderse la playa
que triste abandona;
según va avanzando,
yo, desde mi vida
miro atrás anhelante, y lo veo
perdiéndose aprisa.

Me preguntó de pronto, cierto día,
—¿Me quieres mucho, dí?
¡Y tú puedes dudarle, vida mía!
Te quiero mucho, sí.
—Más que á tu madre? Dime lo que sientas
quiero saberlo yo.
Dame tu mano, mírame y no mientas
—Más que á mi madre, no.
Y de expresarle una verdad tan bella
nunca me arrepentí:
mi madre sigue amándome; pero ella....
ni se acuerda de mí.

CARLOS CIAÑO.

THERMIDOR.

Tos amantes de la literatura universal—ponemos por francesa—se han interesado grandemente en los últimos días, sacudidos por los telegramas lacónicos que daban cuenta del estreno del drama *Thermidor* de Sardou, de la prohibición de seguirlo representando por tacharse dicha obra de anti-republicana, y de la vuelta á la escena de ese episodio trágico-histórico, gracias á la intervención del eminente Coquelin.

Nuestro compañero M. del Barrio ha copiado la última escena de *Thermidor*, que publicó una leída revista parisiense ilustrada.

Fabiana nó accede, ni aún como único medio para salvarse de la guillotina, á decir que se halla en cinta. A ello se oponen su castidad y sus votos religiosos.

La carreta espera.... Hay sed de sangre.... Fabiana vá serena á la muerte, cuando su amado quiere oponerse y cae sin vida, del pistoletazo de un guardia del Terror.

M. STEIN.

Las telas últimamente recibidas en esta afamada casa y que se ostentan sobre sus elegantes mostradores, no dejan nada en absoluto que desear. Optimas por su calidad y caprichosas por sus obras.

Para el verano venidero ya está surtiendo Máximo su establecimiento de telas lindísimas. Son ligeras, á rayas ó cuartos y de preciosas pintas.

Recomendamos una vez más esta sastrería. En ella se aunan la moda y el gusto como en ninguna otra de la Habana.

La dirección es la siguiente: Aguiar 92, bajos del soberbio edificio conocido por la *Casa Blanca*.

Notas y Noticias.

A diario se elogian los espléndidos resultados del *Vino de Papayina* preparado segun fórmula del Dr. Gandul y puesto á venta en todas las farmacias acreditadas de la Habana, singularmente en el laboratorio de nuestro amigo el ilustrado Doctor D. Alfredo Perez Carrilo.

Si las constantes demandas deciden del mérito y valor de un producto, el *Vino de Papayina* está consagrado por las solicitudes del público y la opinión científica del país.

La Especial y *La Complaciente* son los dos establecimientos adorados de las damas habaneras. A ellos acuden siempre que necesitan un abanico elegante ó una sombrilla equisita. Y es porque saben perfectamente que en la Habana no hay casa que supere en artículos de esa clase á los que ofrecen los señores Carranza y Compañía.

Los abanicos *Rip* desaparecen como por encanto. Lo propio sucede con los guantes de piel de Suecia.

Estos últimos han obtenido la predilección de las damas que revelan poseer acabado gusto.

Una casa que es una especialidad en objetos de lencería: la que todo el mundo conoce en la calle de Compostela 48 con el nombre de *La Estrella de la Moda*.

No es posible ofrecer novedades de tan alto gusto como las que vienen á esta casa enviadas directamente de los principales talleres de París.

En flores, toquillas, guantes y encajes el surtido es variadísimo, todo respondiendo á los últimos modelos. Allí se arreglan sombreros de señoras, dándoles nuevas formas y adornándolos exquisitamente.

En San Rafael está la sombrerería *El Louvre* una de las que más simpatías disfruta entre la juventud habanera.

Sombreros de castor muy finos, de los que pueden llamarse legítimos, los ofrece éste establecimiento á precios realmente módicos. De jipijapa y pajilla los hay magníficos.

Aconsejamos una visita á esta acreditada casa, San Rafael y Consulado.

Por el último correo ha recibido la afamada librería del señor Chao, *La Propaganda Literaria*, remesas del tomo segundo de la aplaudida revista que con el título de "Nuevo teatro crítico" ha comenzado á publicar la ilustre escritora gallega Sra. Pardo Bazan.

Tambien ha recibido esta casa *Nubes de estío*, última obra de Pereda y á la que tantas celebraciones ha tributado la prensa madrileña.

Lo cual prueba que *La Propaganda* (Zulueta 28) ofrece siempre las más recientes novedades literarias.

Si alguna barbería hay en la Habana que responda positivamente á las simpatías de que goza, es la establecida en Neptuno con el título de *Salón América*. Sus tocadores están siempre provistos de perfumes exquisitos.

Rafael Anido, dueño de esa casa, es un modelo. Sus trabajos llevan la expresión del gusto y *esprit* más refinados. Es un verdadero artista en ese género.

LA ACACIA.

CORES y HERMANO

Joyereros Importadores,
12 SAN RAFAEL,
HABANA.

Agente exclusivo para los anuncios franceses
M. R. F. M. U. S.
 Rue Alfred Stevens, 5, Paris.



PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítense gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrando los nuevos modelos para la ESTACION de INVIERNO á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & C^o
 PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Países del Mundo

El catálogo indica las condiciones de envíos francos de portes y aduanas.

Correspondencia en todas Lenguas

MR. LOUIS
 PELUQUERO ESPECIAL PARA SEÑORAS.
 49, COMPOSTELA, 49
 PELUQUERIA "LA PARISIENSE."
 Se alquilan pelucas para el Carnaval.

LA CENTRAL

OBRAPIA, 33 Y 35

Teléfono 335. Habana.

Vino de quina simple

preparado con vino moscatel y corteza de quina, hoja peruviana. Su buena preparación da un licor rico recomendable para la clor-anemia, afecciones del estómago y fiebres intermitentes.



CANDES et C^o, Boulerd St-Denis, 26, PARIS.

61 OBISPO 61 **LA SUIZA** 61 OBISPO 61

DE CELESTINO VALLE Y COMPAÑIA

Bazar de Quinealla, Perfumeria, Juguetes y Adornos de Tocador,
 Gran Exposición de Plantas y Flores Artificiales.

OFERTA VERDAD

EL PASEO--PELETERIA

Reitera al público en general no haga compra alguna sin antes ver el grandioso surtido de novedades y el calzado especial, que vende á precios más baratos que todos sus colegas.

EL PASEO, Obispo esquina á Aguiar.

VINO de PAPAYINA DE GANDUL

Superior á los medicamentos análogos para combatir con energía las

DISPEPSIAS, Gastralodias, Gastritis, Vómitos (de los niños y Srás encinta) Diarreas (de los niños, físicos y viejos) & c.

De venta en todas las BOTICAS